

AL MARGEN DE LOS DIAS

LA BEATERIA DE LA HISTORIA

238
POR RAMON VASCONCELOS *Paris*

JOSE Ortega y Gasset hablaba de la beatería de la cultura, de la beatería universitaria, de los que ponen los ojos en blanco para pronunciar la palabra «doctor» y citar a los clásicos. Ahora hay una nueva beatería en Cuba: la de la Historia. Gran parte de la historia de Cuba está por escribir, muchos episodios por revisar, multitud de papeles por revolver y hechos incontables por esclarecer. Para esto faltan la perspectiva del tiempo y la ausencia de los supervivientes de la guerra, que callan unas veces por discreción y otras porque la menor rectificación obligaría a destruir el mito que ha servido de base a determinadas reputaciones.

Siempre fue lo mismo, en todas partes la historia se escribió de noche. Pero es el caso que andan por la calle una serie de señores empuñados en desatar tempestades terribles en el vaso de agua minúsculo que es nuestro medio, sólo por emplear de alguna manera el excedente de energía que no se atreven a invertir en aventuras de otra clase.

Por ejemplo: hace pocos días un escultor —muy joven y de mucho talento: Boada—, dejándose arrastrar por su impaciente entusiasmo, echó en un rincón del parque Luz Caballero las piedras del pedestal de Eduardo Yero, que se está terminando al mismo tiempo que otros tres bustos, obra de otros tantos escultores cubanos y profesores de «San Alejandro», que consagrarán en fecha próxima los merecimientos de los fundadores de nuestra escuela republicana y laica.

El Ministerio de Educación se concretó a distribuir los cuatro mil y tantos pesos, producto de una colecta entre el magisterio hecha en tiempos del general Alemán y que montó a una gruesa suma, pero que por causas desconocidas se redujo a la cifra antes indicada. A mil doscientos pesos por busto, añadiendo dos al primitivo proyecto, que era un par —Hanna, Frye, americanos, y Eduardo Yero y Esteban Borrero, cubanos, precursores todos del movimiento pedagógico nacional—, saldábamos una deuda doble: con ellos, por el bien que habían hecho al país, y con los donantes, que por algo habían hecho el sacrificio de la donación.

Todo muy natural y muy en orden. Pero como los débiles y los pusilánimes necesitan alimentar cierto fondo de sadismo revanchista en alguna forma, aprovecharon la pequeña incidencia del pedestal a destiempo para armar una alharaca ridícula y poner en entredicho el sentido ponderador del Ministerio de Educación. Argumento administrativo: mientras Obras Públicas no lo dispusiese, era un delito escoger sitio para los bustos. Argumento histórico: Luz Caballero preside el parque de los filósofos —Saco y Varela ya ocupan sus pedestales— y ninguno de los cuatros «advenedizos» tiene la talla suficiente para que le den allí la alternativa.

En primer término, nadie pensó nunca darle a Luz Caballero la compañía de unos pedagogos modernos. En segundo lugar, aun con su propia talla, cada uno de ellos se ganó el pedestal, no lo ha usurpado. Hanna y Frye fueron los hombres que la intervención militar norteamericana escogió para higienizar la enseñanza pública en Cuba, como escogió a médicos ilustres para higienizar en sentido directo la vida física de los habitantes. Eramos entonces la colonia; una colonia en que la cultura constituía un privilegio y el aseo un lujo. Hanna y Frye pudieron haberse concretado a vender libros y pupitres, a dejar las cosas como estaban en lo demás y a marcharse tan tranquilos, aunque ricos, apenas terminó el período intervencionista. Fueron, a la inversa, hombres de conciencia. Dejaron la base definitiva de la escuela cubana. (Frye, incluso, se casó con una cardenense). Yo era un pàrvulo y lo recuerdo. Pasábamos del triste, cruel, memorista sistema colonial —«la letra con sangre entra»—, con los libros áridos y monótonos que sólo de memoria podían aprenderse, casas lóbregas y magisteres duros, a la escuela alegre, limpia, racionalista, de pupitres cómodos, de textos llenos de magníficas ilustraciones, de geografías con láminas y mapas, en fin, a la escolita que concedía dos días de descanso semanales y buscaba el aire libre en excursiones periódicas al campo, a la montaña y al mar.

Fue aquello una eclosión de entusiasmo, de fe en la escuela, que además de escuela de primeras letras era una escuela de democracia viva. Ya no hubo en lo adelante el rótulo discriminatorio —«escuela para niñas blancas», «escuela para niños de color»—, hubo la escuela igualitaria, hija de la Revolución. Y aquella generosa escuela estaba fundada por Hanna y por Frye, dos interventores norteamericanos.

2

239

Terminado el periodo interventor, el primer secretario de Instrucción Pública fue Eduardo Yero, patriota ardiente, periodista apasionado, cubano de méritos indiscutibles, y ocupó la subsecretaría Esteban Borrero, prosista admirable, conversante maravilloso, mentalidad esclarecida y separatista de convicciones firmes. Lo que quiere decir que cada uno de los cuatros precursores estará donde debe.

Desde luego, media alguna distancia entre los filósofos y los pedagogos: distancia en la obra, distancia en el tiempo y la significación, distancia en el espacio. Por eso escogimos el sitio que se extiende entre el parque de los filósofos y el Anfiteatro —unos ochenta metros y unos ochenta años.

Después de todo, ni Saco ni Luz fueron muy independentistas que digamos. Saco defendió la anexión. Luz no combatió la esclavitud, sino que legó sus esclavos. (Leánse «La falsa cubanidad de Saco, Luz y del Monte» de Soto Paz y la carta de Maceo a Eusebio Hernández, 1885). «La esclavitud del hombre por el hombre —dice Maceo en «Epistolario de Héroes» de Gonzalo Cabrales, página 195— fue sostenida por él —don Pepe de la Luz y Caballero, tan desinteresado como lo hacen aparecer hoy nuestros historiadores, testó sus esclavos...; no hubo pureza en José de la Luz y Caballero... Pepe de la Luz fue el educador del privilegio cubano, no fue tan desinteresado, carecía de esa religiosidad, de esa bondad humana de que quieren revestirle sus admiradores, no era «un hombre ornado de todas las perfecciones» que se le atribuyen al gran educador. ¿Para quién preveía un tiempo glorioso? ¿Para esa juventud que le recuerda con gratitud? ¡Ah! Estudie bien ese asunto y desapasionadamente júzguele, echando un velo a todo el beneficio que usted y otros hayan recibido de aquel hombre, dirigiendo la vista hacia tantos que el egoísmo material tiene prostrados en la más profunda ignorancia. ¿Puede haber justicia donde no es igualmente distribuida? Usted me contestará que las instituciones españolas se lo prohibían; pero eso no es exacto: don Pepe tenía influencia y mucho talento, que pudo ejercer en beneficio de todos, como lo hizo en favor de algunos. Pero era imposible, el hombre no tenía grandes sentimientos, se confundió con Saco. El uno proclamó la conservación de la esclavitud, que es lo mismo que declarar eterno el Gobierno de España en Cuba, y el otro heredó y sostuvo la esclavitud que testó a su muerte. ¿Dónde está, pues, esa decantada grandeza? Caballero no completó su obra; fue buen hombre, tenía talento para la enseñanza, pero la ejerció mal. No fue político, tuvo miedo, y le faltó valor para realizar la obra que, sin darse cuenta, acometió, retrasándola... Si tantos juicios apasionados creen que aquel hombre cumplió su misión en la vida, conformándose con dejar incompleta la obra de instrucción y regeneración de un pueblo, podríamos dar por concluida la nuestra, por el mero hecho de haberla empezado con el sacrificio de tantos que han perecido en la contienda; pero no debe ser así, si queremos que el mundo aplauda nuestra grandeza».

De modo que, aunque filosofía y humanidad son sinónimos, porque filosofía que no humanice no es filosófica, quede tranquilo el tranquilo Don Pepe en su pedestal, que los precursores de la escuela republicana y laica lo contemplarán a honesta distancia; a la distancia honesta que debe separar a los hombres e ideas de mediados y fines del siglo XIX. No hay ni hubo profanación. Hubo y hay, al contrario, noción de la medida.

Pais, Oct 31/42



MONUMENTAL
DE LA TABACALERA